

Sin querer, la salud precaria de don Eduardo Heiliger le devolvió la vida al Bosque de San Patricio. Resulta que a don Eduardo, residente de Villa Borinquen, una de las urbanizaciones aledañas al bosque, los médicos le recomendaron hacer ejercicios para disminuir el nivel de colesterol en su sangre.

Obediente, el hombre decidió irse a caminar por los senderos de su bosque. Y cómo no lo iba a hacer, si para los vecinos del lugar - aquellos que viven en las cercanías de los condominios Borinquen Towers, en la avenida Roosevelt- es un privilegio colindar con las 53 cuerdas de terrenos llanos y 17 de formación caliza. Así que, cada amanecer, don Eduardo sudaba entre la fauna y la flora silvestres. Un día observó a distancia un grupo de agrimensores cargando cintas de medir. De inmediato dio la voz de alerta a la comunidad. Sabía que algo estaba pasando. Años antes, la comunidad había aunado esfuerzos para evitar la construcción de un incinerador en el gigantesco patio comunal.

Ante esta situación, ocurrida en febrero de 1998, los vecinos se convirtieron en los Ciudadanos Pro Bosque San Patricio. Arremangaron sus camisas, se apretaron los cinturones y comenzaron una serie casi infinita de reuniones de marquesina. Algunas veces era en casa de Pilar, otras en casa de doña Paquita. El propósito era diseñar una estrategia para preservar uno de los pocos pulmones urbanos que aún respira entre el abundante cemento de la ciudad. Dos años más tarde, la muralla humana rindió frutos: hace un mes el gobernador Pedro Rosselló firmó la ley que preserva este refugio ecológico.

Aún el triunfo ambiental es difícil de creer. Sobre todo porque en la isla, últimamente, la grúa en terrenos fértiles o inundables parece tener más peso que la voz humana. Los cinco miembros del comité timón de los Ciudadanos Pro Bosque- Mary Axtmann, Marian González Iñigo, Pilar Bernard, Betty Quiles y Javier Almeyda- así lo reconocen.

"Nosotros, a diferencia de otros grupos comunitarios, pudimos hacer un trabajo proactivo, porque muchos grupos trágicamente responden a unas amenazas inminentes. A veces cuando la grúa ya está en su patio. En el caso nuestro, tuvimos la ventaja de que toda la comunidad conocía los misterios del bosque y su valor. Ya habíamos hecho frente a un incinerador y tuvimos éxito. O sea, que el triunfo del pasado nos servía como aliento", expresa Mary Axtmann, mientras los otros cuatro miembros del comité asienten sin el menor titubeo.

"Fuimos bien creativos en la lucha. Nunca peleamos contra nadie. Nos mantuvimos incoloros. Se tocaron todas las puertas porque en la comunidad hay rojos, verdes, y azules. Tuvimos claro que a nadie le interesaba ser héroe sino salvar el bosque", agrega Mary. Y una Pilar orgullosa manifiesta que "si algo verdaderamente nos destacó como entidad fue la consistencia. Siempre dimos seguimiento a los asuntos. En vez de piquetear para atraer los noticieros o llamar a la Prensa de inmediato, reconocimos que era más inteligente preparar la defensa. En vez de denunciar un problema, presentamos una solución".

Receta para salvar un bosque

Por Bibiana Ferraiuoli Suárez
Fotos por Ramón Korff

Pero de ser necesario, interrumpe Betty, "estábamos dispuestos a amarrarnos con cadenas a los árboles con tal de evitar el cruce de una grúa", y todos sueltan al unísono una carcajada. Ello porque la comunidad del Bosque San Patricio está absolutamente convencida de que la conservación de sus tierras -en el siglo XXI- es aún más vital que en

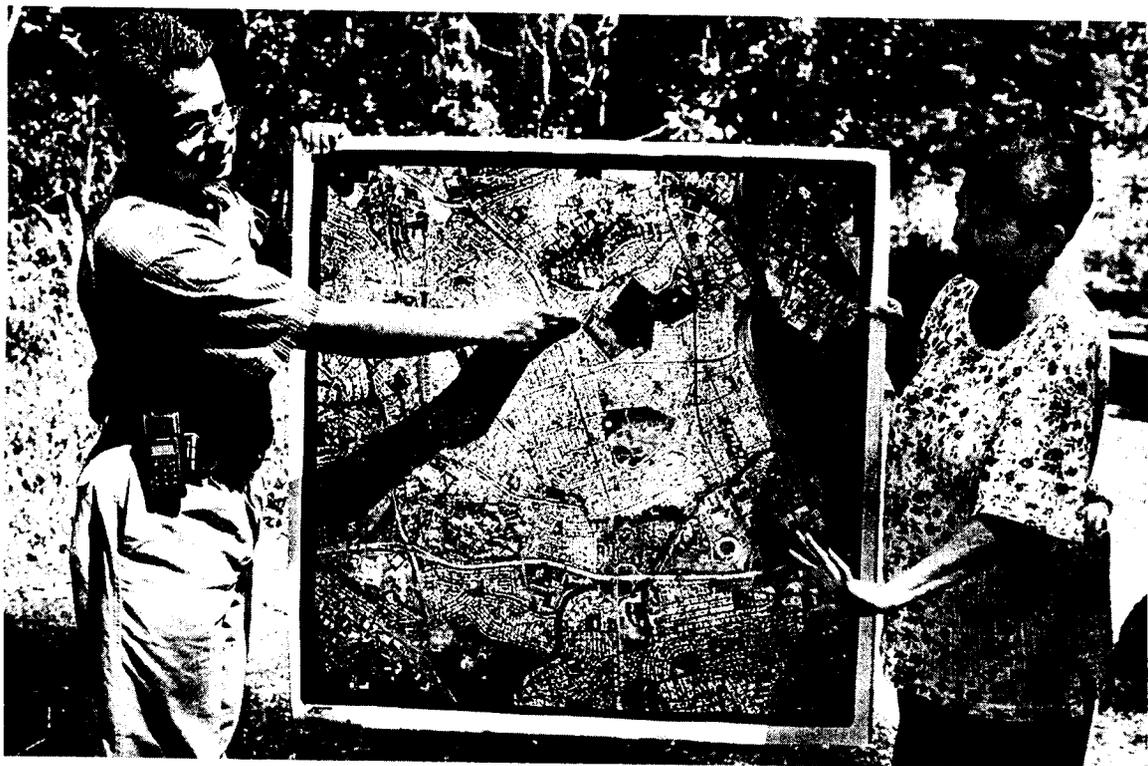
épocas pasadas. Marian recuerda que entre 1992 y 1997 la Autoridad de Tierras vendió terrenos verdes que suman cinco veces el tamaño de El Yunque.

La importancia del bosque para quienes no lo conocen (se puede visitar los sábados de 3 a 5 de la tarde o por cita previa) es incalculable. Más de 60,000 árboles proveen

oxígeno a especies tales como el roble, la maría, el tulipán africano, acacia, almendro, papaya y casia de Siam, entre muchos más. Asimismo, trepan por sus anchos troncos varias especies de anfibios- coquí común, piti-to y churrí, ranita de labio blanco- y reptiles -lagartijo, salamanquita-. En su mogote (una elevación de terreno que recuerda la forma de un monte) y áreas llanas habita la boa puertorriqueña, especie en peligro de extinción. Sobre la boa, que vive entre maderas de antiguas casas que una vez poblaron el centro del bosque, vuelan el pájaro bobo y el carpintero de Puerto Rico.

Cuando Marian González Iñigo da cátedra sobre estas especies y la importancia de conservar esta zona verde -con miras a convertirla en un centro educacional, recreativo y laboratorio científico- sus grandes ojos resaltan. Aunque ella no es vecina literalmente del Bosque, se interesó tanto por su fortuna que decidió hacer su tesis en Gerencia Ambiental de la Universidad Metropolitana con el bosque como tema. Redactó en colaboración con la comunidad y el profesor José Rivera Santana, así como el dasónomo Eduardo González, de Recursos Naturales, el Plan de Manejo para la Conservación y Recomendaciones para el Manejo Comunitario del Bosque de San Patricio.

Es una tesis que tiene la certeza, gracias al apoyo comunitario, de convertirse en realidad. Todavía hay un pleito federal porque el bosque pertenece al Departamento de Vivienda local, y en una subasta efectuada en diciembre de 1993, fue otorgado a Rexach Construction un contrato para desarrollar en el bosque un complejo de viviendas de interés público. Luego, la opción pasó a Mora Construction, cuya intención era el desarrollo de casas comenzando en unos \$250,000.



Sobre estas líneas, Javier Almeyda y otra líder comunitaria sostienen una maqueta donde se evidencia la importancia del Bosque de San Patricio, uno de los pocos pulmones urbanos que aún respira en la zona metropolitana.